

La trastienda

Desde aquellas primitivas transacciones comerciales, que para el hombre consistían en desprenderse de aquello que le pertenecía, y que a menudo era producto de su ingenio creador, a cambio de adquirir lo que, siendo de su interés, le cubriría sus más o menos perentorias necesidades, hasta las ágiles operaciones mercantiles de nuestros días, el comercio ha ocupado un lugar prominente en la vida de los pueblos. Y como genuina representación de las operaciones de compraventa han llegado a nosotros dentro de un proceso evolutivo que tiene sus comienzos en aquella permuta, que en particular en el medio rural ha llegado a nuestros días, las tiendas, estos establecimientos comerciales sin los cuales es difícil explicar la vida del hombre.

Mas nosotros no pretendemos abordar, ni de la manera más liviana, la compleja materia del comercio. Ni siquiera reduciéndolo a un terreno cuyos mojones marcan los estrechos límites de una tienda o establecimiento comercial. Hoy, este establecimiento comercial nos servirá únicamente de medio, camino o paso para alcanzar otra pieza contigua o más íntima de la casa. Para llegar a la trastienda, a este local de sabor tan especial, que puede ser una cocina o alguna sala, como parte de un obrador o taller del más distinto signo.

Desde los más remotos tiempos, las tiendas, muchas de ellas a su vez talleres de artesanía, tan escasas de luz como pobres en variedad de artículos a expender, han contado, la mayor parte de ellas, con la respectiva trastienda. Con la trastienda que escapaba a la simple condición del local anejo y auxiliar del establecimiento de comercia, para quedar convertida en centro de reunión y de tertulia. En sitio que resultaba muy idóneo para gestar y madurar las ideas más diversas, que, más tarde, al pasar muchas de ellas al terreno de las realidades, pesarían en la balanza de su respectivo pueblo. Estas trastiendas supieron guardar, al igual que mantienen las que hoy pueden subsistir, un ambiente muy propio y peculiar.

La trastienda no era espaciosa, sino más bien algo pequeña y recogida. Una pared de tres cuartos o un biombo la ocultaban a la mirada del intruso curioso.

Los allá reunidos, en número reducido, eran contertulios habituales. Pero entre ellos era frecuente ver a la representación de la clerecía y al hombre más significado, al *jauntxo* del pueblo. Pero además de éstos, la tertulia se cimentaba en razones de parentesco o estaba enraizada en luengo tiempo de amistad.

Al pretendiente a este círculo cerrado se le sometía a un cuidadoso tamizado. Pero por cálculo interesado podía ser admitido asimismo el advenedizo, si a éste al menos en potencia, se le creía influyente. A guisa de gratuito bufón también se le abrían las puertas al tipo popular del pueblo. Al inofensivo, *xelebre*, de graciosas e inofensivas ocurrencias. Mas éste no tenía voto en las deliberaciones, su esporádica presencia se limitaba a amenizar a los asistentes.

Los tertulianos era fácil que se sentaran en derredor de una rústica y desnuda mesa, o en otra cubierta con tapete ornado en su centro por florido jarrón. Y es de presumir también que entre las patas del asiento y los pies de los allá presentes, familiarizado, jugueteara el gato de la casa.

La reunión del mediodía la procuraban hacer más grata saboreando el *ardo-goxo*, vino dulce, con aditamento de galletas. Durante la velada vespertina degustaban una taza de chocolate acompañada del correspondiente vaso de agua, dulcificado con un azucarillo *bolado*, de ligero gusto a limón.

En algunos pueblos, la clásica trastienda solía ser continuación del Ayuntamiento. E incluso la actuación de los ediles, en el hermoso y barroco Concejo, se veía coartada por la injerencia de algún peón movido desde la sombra de la trastienda. De esta manera, dentro del pueblo, la trastienda venía a ser un segundo poder con fuerza suficiente para enfrentarse con la representación auténtica del pueblo.

Y en contra de lo que alguno pueda suponer, la influencia de la trastienda, tan bien simbolizada por la rebotica, no se limitaba a la minúscula aldea rural. Alcanzaba a centros urbanos de cierta importancia. Extremo éste, que lo puede corroborar todo aquel que se detenga a examinar el pasado de los pueblos.

Pero nuestro tiempo, los días que corremos, no se prestan a la vida sedentaria de la tertulia. El ritmo del cotidiano quehacer y el cambio de mentalidad operado en las gentes, unido a las nuevas estructuras comerciales, el comercio en su bifronte faceta económico-social, han hecho desaparecer, en su mayor parte, como representativas de otra época, a aquellas reuniones de la trastienda.



La trastienda / Juan Garmendia Larrañaga. - En : *Mercurio. Boletín de la Federación Sindical de Comercio*. - San Sebastián : Ediciones y Publicaciones Populares. - Nº 37 extra (jul. - ago. 1970), p. 75